

FERNAND BRAUDEL

EL MEDITERRANEO

Y EL

MUNDO MEDITERRANEO

EN LA EPOCA DE FELIPE II

TOMO PRIMERO

5499



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
MEXICO

Primera edición en francés,	1949
Primera edición en español,	1953
Segunda edición en francés, corregida y aumentada,	1966
Segunda edición en español,	1976 (España)
Primera reimpresión,	1981
Segunda reimpresión,	1987

Título original:

*La Méditerranée et le monde méditerranéen
à l'époque de Philippe II*

© 1949, 1966, Librairie Armand Colin, París

D. R. © 1953, FONDO DE CULTURA ECONOMICA

D. R. © 1987, FONDO DE CULTURA ECONOMICA, S. A. de C. V.

Av. de la Universidad 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-0775-9 (Tomo I)

ISBN 968-16-0774-0 (Obra Completa)

Impreso en México

*A Lucien Febvre,
siempre presente,
en prueba
de reconocimiento
y afecto filial*

PREFACIO A LA PRIMERA EDICION ESPAÑOLA

En la introducción y en la conclusión general de la edición francesa de esta obra, que se reproducen en ésta, he tratado de justificar puntualmente su estructura general. El lector a quien interesen los problemas metodológicos puede atenerse a ellas. Le será fácil juzgar por sí mismo sobre lo atinado o lo peligroso de la solución adoptada. Si la nueva historia debe ser, como creo, una reconstrucción del pasado captado en toda su amplitud y en toda su complejidad, tendrá que incorporar en sus cuadros y explicaciones la obra entera, tan rica, de las ciencias sociales, sus vecinas. Por consiguiente, el historiador tendrá que ser, desde luego, historiador, pero también y a un tiempo economista, sociólogo, antropólogo y hasta geógrafo. En este alcance imperialista de lo social (en el sentido amplio de la palabra), no nos extrañemos de que el historiador encuentre ante sí dificultades en verdad insuperables que hacen que la realidad de la vida humana, tanto en el presente como en el pasado, deba captarse en talleres diferentes, por ciencias particulares, y abordarse, en suma, simultáneamente por varios lados. Ninguna inteligencia puede captar hoy la realidad social de una vez y en toda su viviente amplitud.

Este libro presenta un triple retrato del prestigioso Mediterráneo del siglo XVI, pero las tres imágenes sucesivas, la de sus constantes, la de sus tardos movimientos y la de su historia tradicional atenta a los acontecimientos y a los hombres, los tres aspectos se refieren, en realidad, a una misma y única existencia. El lector tendrá que combinar las sucesivas imágenes de este libro, y ayudar así al autor a reconstruir la unidad de un complicado destino, que sólo le ha sido posible captar y evocar volviendo a él hasta tres veces. Era complicada una tarea consistente en sobrepasar los métodos habituales, en no conformarse sólo con las falsas perspectivas de la historia tradicional y en buscar, en el movimiento eterno de la vida, lo que cambia con rapidez o con lentitud, a veces con demasiada lentitud.

Pero no quiero defender una vez más mi solución. Conozco sus ventajas, que me sedujeron, pero no ignoro sus defectos ni sus riesgos. No todos los escollos —dicho sea en lengua marinera— han sido evitados. ¿Extrañará a alguien?

En el umbral de este libro (tan diferente en muchos puntos de su original francés, pues ha sido rigurosamente revisado y enriquecido), sólo querría expresar con sencillez mi reconocimiento a todos los amigos mexicanos de origen o de adopción que han hecho posible la presente edición en español en la magnífica colección del Fondo de Cultura Económica. Mi reconocimiento se debe en primer lugar al director de tan importante editorial, doctor Arnaldo Orfila Reynal, y casi al mismo tiempo, al magnífico conocedor de la literatura y de la lengua francesas que es el profesor don Manuel Pedroso, a quien agradezco su cariño por este libro desde que apareció y que ha contribuido tan amistosa y eficazmente a su conocimiento. Por idénticas razones estoy agradecido al doctor Eduardo Villaseñor y al diligente bibliógrafo don Felipe Teixidor. No puedo olvidar tampoco la benévola atención que a mi obra y a mí mismo nos ha dispensado el profesor don Jesús Silva Herzog, el admirable maestro de la Escuela Nacional de Economía, el «buen maestro» de alma sensible, incansable en su misión de guiar a las inteligencias jóvenes y a los aprendices de todas las edades en el conocimiento de la economía y de México. Si una obra pudiera dedicarse dos veces, su nombre figuraría en la proa de este pesado navío.

Permitaseme agregar en esta lista los nombres de algunos otros queridos amigos a quienes eroco de buen grado en estas páginas preliminares para que sea venturoso el camino de mi libro a través de las tierras y los mares de lengua española: don Alfonso Reyes, a quien quiero y admiro; don Jaime Torres Bodet, a quien tanto deben la cultura hispánica y la cultura francesa; don José Miranda, el erudito especialista en el siglo XVI mexicano; don Arturo Arnaiz y Freg, mi joren colega de la Universidad de México, apasionado por la historia económica y social de su país; mi ilustre amigo el profesor don Pedro Bosch-Gimpera; mis jóvenes alumnos don Pablo González Casanova y don Ernesto de la Torre Villar, que por escucharme fueron a París. Gracias también a mis traductores don Mario Monteforte Toledo y el doctor don Wenceslao Roces; a la ilustradora doña Elvira Gascón; a don Francisco González Aramburo y a don Julián Calvo, que han contribuido entre todos a llevar a buen puerto un trabajo largo y difícil.

Me alegro de que mi libro sea una consecuencia de todos esos esfuerzos afectuosos y de que nazca bajo el signo de la amistad. Me alegro por mí mismo, pero también por mi patria y por mis colegas, los historiadores e

intelectuales de Francia. En efecto, me parece indudable que los méritos de este libro, señalados por la crítica fuera de Francia, deben inscribirse en el activo del país donde he vivido y pensado, en el activo de una manera de pensar que no es exclusivamente mía. Suelo repetir lecciones aprendidas desde hace mucho, suelo prolongar ideas afines. Los defectos de esta obra, en cambio, deben cargarse exclusivamente en mi cuenta. Me alegro, pues, de que, por encima de mi persona, a través de este libro que he compuesto con cuidado y con cariño, algo del pensamiento histórico francés sea difundido por todo el universo hispánico, gracias al poder de difusión de esa casa activa, admirable y simpática que es el Fondo de Cultura Económica.

FERNAND BRAUDEL

México, 12 de noviembre de 1953.

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION FRANCESA

Amo apasionadamente al Mediterráneo, tal vez porque, como tantos otros, y después de tantos otros, he llegado a él desde las tierras del norte. Le he dedicado largos y gozosos años de estudios, que han sido para mí bastante más que toda mi juventud. Confío en que, a cambio de ello, un poco de esta alegría y mucho de su luz se habrán comunicado a las páginas de este libro. El ideal sería, no cabe duda, poder manejar a gusto de uno al personaje de nuestro libro, no perderle de vista en solo instante, recordar constantemente, a lo largo de todas las páginas, su gran presencia. Pero, por desgracia o por fortuna, nuestro oficio no tiene ese margen de admirable agilidad de la novela. El lector que desee abordar este libro como a mí me gustaría que lo abordase hará bien en aportar a él sus propios recuerdos, sus visiones precisas del mar Interior, coloreando mi texto con sus propias tintas y ayudándome activamente a recrear esta vasta presencia, que es lo que me he esforzado en hacer en la medida en que he podido... Creo que este mar, como cada cual pueda verlo y amarlo, sigue siendo el más valioso de los documentos para ilustrar su vida pasada. Aunque no haya retenido más idea que ésta de las enseñanzas recibidas de los geógrafos que tuve por maestros en la Sorbona, la he hecho mía con una tenacidad que da su tónica y su sentido a mi obra.

Tal vez alguien piense, y con razón, que otro ejemplo más sencillo que el del Mediterráneo me habría permitido destacar con mayor fuerza los nexos permanentes que unen la historia al espacio, sobre todo si se tiene en cuenta que, visto a la escala del hombre, el mar Interior del siglo XVI era aún mucho más vasto que en nuestros días. Es un personaje complejo, embarazoso, difícil de encuadrar. Escapa a nuestras medidas habituales. Inútil querer escribir su historia lisa y llana, a la manera usual: «nació el día tantos de tantos...»; inútil tratar de exponer la vida de este personaje bue-

namente, tal y como las cosas sucedieron... El Mediterráneo no es siquiera *un* mar; es, como se ha dicho, un «complejo de mares», y de mares, además, salpicados de islas, cortados por penínsulas, rodeados de costas ramificadas. Su vida se halla mezclada a la tierra, su poesía tiene mucho de rústica, sus marinos son, cuando llega la hora, campesinos tanto como hombres de mar. El Mediterráneo es el mar de los olivos y los viñedos, tanto como el de los estrechos barcos de remos o los navíos redondos de los mercaderes, y su historia no puede separarse del mundo terrestre que lo envuelve, como la arcilla que se pega a las manos del artesano que la modela. *Lauso la mare a tent'e'n terro* («Elogia el mar y quédate en tierra»), dice un proverbio provenzal. Por ello cuesta trabajo saber, exactamente, qué clase de personaje histórico es este Mediterráneo: necesitamos, para llegar a averiguarlo, poner en la empresa mucha paciencia, revolver muchos papeles y exponernos, evidentemente, a ciertos errores inevitables. Nada más nítido que el Mediterráneo del oceanógrafo, o el del geólogo, o el del geógrafo: trátase de campos de estudio bien deslindados, jalonados y marcados por sus etiquetas. No así el Mediterráneo de la historia. Cien advertencias autorizadas nos previenen y ponen en guardia: el Mediterráneo no es esto, ni es aquello, ni lo de más allá; no es un mundo que se baste a sí mismo, no un prado con lindes bien definidas. Desgraciado, diríamos nosotros, aleccionados por la experiencia, desgraciado del historiador que crea que esta cuestión prejudicial ni se plantea, que el Mediterráneo es un personaje histórico que no hay por qué definir, que se halla definido desde hace mucho tiempo, como algo claro y nítido, que cabe reconocer a primera vista y que podemos captar sin más que recortar la historia universal, siguiendo la línea de puntos de sus contornos geográficos. ¿De qué sirven estos contornos para nuestras investigaciones?

¿Podríamos, en efecto, escribir la historia de este mar, aunque sólo fuese durante un período de cincuenta años, haciéndola detenerse, por una punta, en las Columnas de Hércules, y por la otra, en el pasillo marítimo cuyos bordes vigilaba ya la antigua Ilión? Y estos problemas del encuadramiento, los primeros que se nos plantean, traen en seguida consigo todos los demás: delimitar es definir, analizar, reconstruir y, cuando haga falta, elegir, incluso adoptar una filosofía de la historia.

Es cierto que tenemos ante nosotros, para ayudarnos en esta empresa, una masa portentosa de artículos, de memorias, de libros, de publicaciones, de estudios, unos de historia pura y otros, no

menos interesantes, escritos por nuestros vecinos, los etnógrafos, los geógrafos, los botánicos, los geólogos, los especialistas en tecnología... No hay en el mundo ámbito mejor esclarecido, más cargado de humanidad, mejor inventariado que este del mar Interior y el de las tierras iluminadas por su reflejo. Pero, hay que decirlo, aun a trueque de pasar por ingratos a los ojos de nuestros antecesores: esta masa de publicaciones abruma al investigador como una lluvia de ceniza. Muchos de estos estudios hablan en un lenguaje pretérito, anticuado en más de un respecto. Lo que les interesa no es el vasto mar, sino tal o cual minúsculo trozo de su gran mosaico, no su extensa y agitada vida, sino los actos o los gestos de los príncipes y los ricos, un polvo de hechos menudos, que nada tiene que ver con la poderosa y lenta historia que a nosotros nos preocupa. Muchos de estos estudios necesitan ser revisados, reajustados para encuadrarlos dentro del conjunto, removidos para infundirles nueva vida.

No cabe tampoco trazar la historia de este mar sin el conocimiento exacto de las vastas fuentes de sus archivos. Tarea ésta que parece superior a las fuerzas del historiador aislado. No hay, en el siglo XVI, Estado mediterráneo cuyos cartularios no estén, por lo general, repletos de documentos salvados de los incendios, de los sitios, de las calamidades de todas clases por las que pasó el mundo mediterráneo. Para inventariar y clasificar estas fuentes auténticas, para sondear estas minas del más bello oro histórico, harían falta, no ya una vida, sino veinte vidas, veinte investigadores, consagrado cada uno de ellos a esta tarea con su vida propia. Tal vez llegue el día en que no se trabaje en las canteras de la historia con nuestros métodos de pequeños artesanos... Ese día, acaso sea dable escribir la historia general sobre los textos originales, y no, como hoy suele hacerse, sobre libros más o menos de primera mano. Huelga decir que, por muy amplio que mi esfuerzo haya sido en este punto, no he podido consultar, ni mucho menos, todos los documentos de los archivos que he tenido a mano; que mi libro se basa en una investigación forzosamente parcial; que sé de antemano que sus conclusiones serán revisadas, discutidas, desplazadas por otras, y que deseo que así sea. Así progresa y tiene que progresar la historia.

Por otra parte, y por su propia naturaleza, por sus realidades técnicas, por su situación cronológica poco favorable entre las últimas grandes llamaradas del Renacimiento y de la Reforma y esa época dura y ya de repliegue que ha de ser el siglo XVII (digamos

también entre dos tajos de historia), el Mediterráneo de la segunda mitad del siglo XVI es, indudablemente, como escribía Lucien Febvre, «un tema engañosamente hermoso». ¿Hace falta señalar el interés que encierra? No creemos que carezca de utilidad saber qué sucede en el mar Interior en los umbrales de la época moderna, en el momento en que el mundo deja de girar en torno a él, de vivir para él, con él y ajustándose a su ritmo. La decadencia inmediata de este mar y de este mundo, de que tanto se habla, no me parece un hecho probado; o, más exactamente, todo parece demostrar lo contrario. Pero, al margen de este drama, tengo para mí que todos los problemas planteados por el Mediterráneo son de una excepcional riqueza humana y que interesan, por tanto, a historiadores y no historiadores. Y creo, incluso, que estos hechos ayudan también a iluminar el tiempo presente, que no se hallan desprovistos de «utilidad», en el sentido estricto de la palabra, tal como Nietzsche la exigía de la misma historia.

No voy a extenderme más sobre el aliciente y las tentaciones que este tema encierra. Sus insidias, quiero decir sus dificultades, sus traiciones, ya las he enumerado. Añadiré, si acaso, otra, a saber: que no he podido contar, entre nuestras obras de historia, con ninguna que me brindara una guía segura. Un estudio histórico centrado sobre un espacio líquido encierra todos los encantos, pero también, y más todavía, todos los peligros de una novedad. Ante una balanza cuyos dos platillos, igualmente cargados, se equilibraban, ¿habré tenido razón al inclinarme, a la postre, por el lado del riesgo, al creer, atentando contra la prudencia, que valía la pena correr la aventura?

Puede servirme de excusa la historia misma de este libro. Cuando lo emprendí, en 1923, fue bajo la forma clásica, indudablemente más prudente, de un estudio consagrado a la historia mediterránea de Felipe II. Mis maestros de entonces lo elogiaron mucho. Lo veían encuadrado dentro de los marcos de aquella historia diplomática bastante indiferente a las conquistas de la geografía, poco atenta (como la diplomacia misma con harta frecuencia) a la economía y a los problemas sociales; bastante desdeñosa para los grandes hechos de la civilización, las religiones y las letras y las artes, los grandes testigos de toda historia digna de su nombre; de aquella historia diplomática que, arrellanada en su *parti pris*, no se dignaba mirar más allá de las oficinas de las cancillerías, para contemplar las realidades de la vida, espesa y fecunda. Explicar la polí-

tica del Rey Prudente significaba, ante todo, sopesar las responsabilidades que, en la elaboración de esta política, les cabían al soberano y a sus consejeros y las que incumbían al papel de las cambiantes circunstancias; equivalía a determinar los grandes factores y los factores de menor importancia; a reconstruir el mapa general de la política mundial de España, de la que el Mediterráneo no fue más que un sector, y no por cierto privilegiado.

Al llegar la década de 1580, la fuerza de España se vio, en efecto, empujada de golpe hacia el Atlántico. Era aquí, consciente o no del peligro, donde el vasto imperio de Felipe II tenía que hacerle frente y defender su existencia amenazada. Un poderoso movimiento bascular lo empujaba hacia sus destinos oceánicos. Interesarse por este juego subterráneo, por esta física de la política de España, anteponiendo estas investigaciones a la clasificación de las responsabilidades de un Felipe II o de un don Juan de Austria, pensando, además, que estos grandes personajes, pese a las ilusiones que pudieran hacerse, fueron con frecuencia juguetes tanto como actores de los acontecimientos, equivalía ya a salirse de los cuadros tradicionales de la historia diplomática; preguntarse, en fin, si el Mediterráneo no había tenido, por encima de este lejano y agitado juego de España como potencia (juego bastante gris, por lo demás, si dejamos a un lado el gran acto pasional de Lepanto), su historia propia, su destino, su poderosa vida, y si esta vida no merecía otra cosa que el papel de un pintoresco telón de fondo; equivalía a dejarse llevar de la tentación de este inmenso y peligroso tema que a la postre me ha aprisionado.

¿Cómo podía no darme cuenta de ello? ¿Cómo perseguir, de archivo en archivo, el documento revelador, sin tener los ojos bien abiertos a esta vida, tan diversa y animada? ¿Cómo no volver la atención, ante tantas actividades nutricias y heterogéneas, a aquella historia económica y social, revolucionaria, que un puñado de trabajadores se esforzaba por elevar, en Francia, al rango que nadie le disputaba ya ni en Alemania ni en Inglaterra, ni en los Estados Unidos, ni siquiera en Bélgica, tan cercana a nosotros, o en Polonia? Captar la historia del Mediterráneo en su masa compleja era seguir el consejo de estos hombres, ponerse a la sombra de su experiencia, acudir en su ayuda, tomar partido por una forma nueva de historia, repensada y elaborada dentro de nuestras fronteras y que merece trasponerlas; una historia imperialista, sí, no cabe duda, consciente de sus problemas y de sus posibilidades, pero deseosa también, por hallarse obligada a romper con ellas, de destruir

las formas antiguas, con más o menos justicia, por lo demás, pero esto ¡qué importa! ¿No era una excelente ocasión, al tratar de un personaje que no encaja en ninguno de los moldes establecidos, para aprovecharse de su masa, de sus exigencias, de sus resistencias y de sus celadas, pero también de su brío, en el intento de construir la historia de otro modo del que nuestros maestros nos han enseñado?

Toda obra se siente revolucionaria y pretende ser una conquista, se esfuerza en serlo. El Mediterráneo nos habría prestado un gran servicio, aunque sólo hubiese sido por eso, por obligarnos a salir de nuestra rutina.

Este libro se divide en tres partes, cada una de las cuales es, de por sí, un intento de explicación de conjunto.

La primera trata de una historia casi inmovil, la historia del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea; historia lenta en fluir y en transformarse, hecha no pocas veces de insistentes reiteraciones y de ciclos incesantemente reiniciados. No he querido olvidarme de esta historia, casi situada fuera del tiempo, en contacto con las cosas inanimadas, ni contentarme tampoco, a propósito de ella, con las tradicionales introducciones geográficas de los estudios de historia, inútilmente colocadas en los umbrales de tantos libros, con sus paisajes minerales, sus trabajos agrícolas y sus flores, que se hacen desfilar rápidamente ante los ojos del lector, para no volver a referirse a ellos a lo largo del libro, como si las flores no rebrotaran en cada primavera, como si los rebaños se detuvieran en sus desplazamientos, como si los barcos no tuviesen que navegar sobre las aguas de un mar real, que cambia con las estaciones.

Por encima de esta historia inmóvil se alza una historia de ritmo lento: la historia estructural de Gaston Roupnel, que nosotros llamaríamos de buena gana, si esta expresión no hubiese sido desviada de su verdadero sentido, una historia *social*, la historia de los grupos y las agrupaciones. Cómo este mar de fondo agita el conjunto de la vida mediterránea es lo que me he esforzado por exponer en la segunda parte de mi libro, estudiando sucesivamente las economías y los Estados, las sociedades y las civilizaciones e intentando, por último, poner de manifiesto, para esclarecer mejor mi concepción de la historia, cómo todas estas fuerzas profundas entran en acción en los complejos dominios de la guerra. Pues la

guerra no es, como sabemos, un dominio reservado exclusivamente a las responsabilidades individuales.

Finalmente, la tercera parte, la de la historia tradicional o, si queremos, la de la historia cortada, no a la medida del hombre, sino a la medida del individuo, la historia de los acontecimientos, de François Simiand: la agitación de la superficie, las olas que alcanzan las mareas en su potente movimiento. Una historia de oscilaciones breves, rápidas y nerviosas. Ultrasensible por definición, el menor paso queda marcado en sus instrumentos de medida. Historia que tal y como es, es la más apasionante, la más rica en humanidad, y también la más peligrosa. Desconfiemos de esta historia todavía en ascuas, tal como las gentes de la época la sintieron y la vivieron, al ritmo de su vida, breve como la nuestra. Esta historia tiene la dimensión tanto de sus cóleras como de sus sueños y de sus ilusiones.

En el siglo XVI, después del verdadero Renacimiento, viene el Renacimiento de los pobres, de los humildes, afanosamente entregados a la faena de escribir, de contarse las cosas, de hablar de los otros. Toda esta preciosa balumba de papeles es hartamente deformante, invade abusivamente este tiempo perdido, ocupa en él un lugar que desentona de la verdad. El lector que se dedicara a leer los papeles de Felipe II, como si estuviera sentado en el sitio de éste, se vería transportado a un mundo extraño, al que le faltaría una dimensión; a un mundo poblado, sin duda, de vivas pasiones: a un mundo ciego, como todo mundo vivo, como el nuestro, despreocupado de las historias de profundidad, de esas aguas vivas sobre las cuales boga nuestra barca, como un navío borracho, sin brújula.

Un mundo peligroso, diríamos nosotros, pero cuyos sortilegios y cuyos maleficios hubiéramos conjurado de antemano, al fijar aquellas grandes corrientes subterráneas y a menudo silenciosas cuyo sentido sólo se nos revela cuando abrazamos con la mirada grandes períodos de tiempo. Los acontecimientos resonantes no son, con frecuencia, más que instantes fugaces, en los que se manifiestan estos grandes destinos y que sólo pueden explicarse gracias a ellos.

Hemos llegado, así, a una descomposición de la historia por pisos. O, si se quiere, a la distinción, dentro del tiempo de la historia, de un tiempo geográfico, de un tiempo social y de un tiempo individual. O, si se prefiere esta otra fórmula, a la descomposición del hombre en un cortejo de personajes. Tal vez sea esto lo que menos se me perdonará, aunque afirme, defendiéndome de antemano, que también los recortes tradicionales fraccionan la historia

viva y sustancialmente una; aunque sostenga, en contra de Ranke o de Karl Brandi, que la historia-relato no es un método, o no es el método objetivo por excelencia, sino también una filosofía de la historia: aunque asevere, y demuestre más adelante, que estos planos superpuestos no pretenden ser otra cosa que medios de exposición y no me abstenga, ni mucho menos, de pasar de uno al otro, sobre la marcha... Pero, ¿para qué alegar? Si alguien me reprocha que no he sabido ensamblar los elementos de este libro, espero que encontrará en él, por lo menos, piedras convenientemente cortadas, conforme a las reglas de nuestras canteras.

Espero, también, que nadie me echará en cara mis excesivas ambiciones, el deseo y la necesidad que he sentido de ver las cosas en grande. No creo que la historia esté condenada a no estudiar más que los huertos sólidamente cercados. Si así lo hiciera, ¿no faltaría a uno de sus deberes actuales, que es también el de contestar a los angustiosos problemas de la hora, el de mantenerse en contacto con las ciencias, tan jóvenes, pero tan imperialistas también, del hombre? ¿Puede existir, en este año de 1946, un humanismo actual, sin historia ambiciosa, consciente de sus deberes y de sus inmensos poderes? «Es el miedo a la gran historia el que ha matado la gran historia», escribía Edmond Faral, en 1942. ¡Ojalá pueda vivir!

La lista de aquellos de quienes me siento deudor es larga. Para ser completa, exigiría un volumen entero. Citaré solamente los nombres esenciales. Mi gratitud se vuelve, ante todo, hacia mis maestros de la Sorbona de hace veinte años: Albert Demangeon, Émile Bourgeois, Georges Pagès, Maurice Holleaux y Henri Hauser, a quien debo mi primera orientación hacia la historia económica y social y cuya viva amistad me ha sostenido y reconfortado constantemente. En Argel, me ha servido de mucho la amistosa ayuda de Georges Yver, de Gabriel Esquer, de Émile-Félix Gautier y de René Lespès; y, en 1931, tuve el placer de oír allí las maravillosas enseñanzas de Henri Pirenne.

Quiero dar las gracias muy especialmente a los archiveros españoles, que tanto me han ayudado en mis investigaciones y que fueron mis primeros maestros de hispanismo: Mariano Alcocer, Angel de la Plaza, Miguel Bordonau, Ricardo Magdaleno, Gonzalo Ortiz... Los recuerdo a todos con placer, y recuerdo nuestras discusiones en Simancas, capital «histórica» de España. En Madrid, Francisco Rodríguez Marín me acogió con su gracia de príncipe del

espíritu... Expreso también mi agradecimiento a los archiveros italianos, alemanes y franceses, a quienes abrumé de consultas, en el curso de mis investigaciones. Y debo mencionar aparte, en este capítulo de gracias, al señor Truhelka, reputado astrónomo e incomparable archivero de Dubrovnik, el gran amigo de mis viajes a través de los archivos y las bibliotecas.

También es muy larga, y dispersa por varios países, la lista de mis colegas y de mis estudiantes en Argel, São Paulo y París, que, en una medida o en otra, me aportaron su ayuda. Debo dar las gracias, especialmente, a Earl J. Hamilton, Marcel Bataillon, Robert Ricard y André Aymard, quienes me prestaron su valioso concurso por diversos conceptos. Entre mis camaradas de cautiverio quiero citar a dos, que se asociaron a mis trabajos: Maître Addé-Vidal, abogado en la Corte de Apelación de París, y Maurice Rouge, urbanista y a ratos historiador. Y no olvido tampoco la ayuda que jamás me ha regateado el pequeño grupo de la *Revue Historique* —Maurice Crouzet y Charles-André Julien—, en los tiempos en que Charles Bémont y Louis Eisenmann protegían allí nuestra agresiva juventud.

Pero la mayor parte de mis deudas de gratitud es la que tengo con los *Annales*, con su enseñanza y con su espíritu. Sabido es que procuro hacer honor a ella lo mejor que puedo. Antes de la guerra, sólo pude mantener un primer contacto con Marc Bloch. Creo poder asegurar, sin embargo, que he procurado captar hasta los más pequeños detalles de su rico pensamiento.

¿Puedo añadir, por último, que este trabajo que el lector tiene entre sus manos no habría llegado a terminarse tan pronto a no haber sido por la afectuosa y enérgica solicitud de Lucien Febvre? Sus estímulos y sus consejos me ayudaron a salir de una larga zozobra con respecto a la razón de ser del empeño en que me había metido. Es casi seguro que a no ser por él, me habría engolfado una vez más en mis investigaciones y en mis legajos. El inconveniente de las empresas demasiado ambiciosas es que se pierde uno en ellas, a veces con complacencia. ¹

Mayo de 1946

¹ En el curso de las últimas correcciones a mi libro, he tenido en cuenta las observaciones y sugerencias de Marcel Bataillon, Émile Coornaert, Roger Dion y C. E. Labrousse.

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION FRANCESA

He dudado mucho antes de reeditar *El Mediterráneo*. Algunos de mis amigos me aconsejaban que no cambiase nada, ni una palabra, ni una coma, arguyendo que no debía alterar un texto ya clásico. ¿Era justo que escuchase sus palabras? Con el aumento de nuestros conocimientos y los progresos de las ciencias sociales, vecinas de las históricas, los libros de historia envejecen hoy con mucha mayor rapidez que ayer. Basta que transcurran unos instantes para que su vocabulario quede anticuado, su novedad pase a ser tópica, y las explicaciones que ofrece, cuestionables.

Por otra parte, *El Mediterráneo* no data, en realidad, de 1949, año de su publicación, ni tampoco de 1947, año en que se defendió, como tesis, en la Sorbona. El libro, si no escrito enteramente, estaba redactado en sus grandes líneas desde 1939, es decir, coincidiendo en la fecha con el final de la primera y deslumbrante juventud de los *Annales* de Marc Bloch y de Lucien Febvre, de los cuales es resultado directo. Así pues, el lector hará bien en no dejarse confundir por algunos de los argumentos que aparecen en el prólogo de la primera edición, y que son atáques contra posiciones viejas, olvidadas hoy en el mundo de la investigación, si no en el de la enseñanza. Nuestra polémica de ayer persigue, pues, fantasmas del pasado.

Muy pronto advertí que una nueva edición implicaba una seria y extensa —si no total— revisión del texto, una puesta al día que no se podía limitar a la inclusión de aquellos mapas, esquemas, gráficas e ilustraciones que las dificultades materiales que imperaban en 1949 me habían impedido publicar. Las correcciones, las adiciones y las refundiciones son, a veces, muy considerables, dado que he debido tener en cuenta no sólo los nuevos conocimientos, sino algo que es mucho más importante: las nuevas problemáticas. Algunos capítulos han tenido que ser escritos de punta a cabo.

Toda labor de *síntesis* —como tantas veces repetía Henri Pirenne— *provoca una nueva ola de investigaciones especializadas*. Tales investigaciones no han faltado, siguiendo la estela de mi libro. Comenzaron tras mis pasos, pero hoy me han arrollado. Necesitaría páginas y páginas para dar cuenta del inmenso trabajo que se ha llevado a cabo desde 1949, en terrenos que conciernen directamente a esta obra, con los libros y estudios, publicados o no, de Ömer Lütfi Barkan y sus alumnos, de Julio Caro Baroja, de Jean-François Bergier, de Jacques Berque, de Ramón Carande, de Alvaro Castillo Pintado, de Federico Chabod, de Huguette y Pierre Chaunu, de Carlo M. Cipolla, de Gaetano Cozzi, de Jean Delumeau, de Alphonse Dupront, de Elena Fasano, de René Gascón, de José Gentil da Silva, de Jacques Heers, de Emmanuel Le Roy Ladurie, de Vitorino Magalhães Godinho, de Hermann Kellenbenz, de Henry Lapeyre, de Robert Mantran, de Felipe Ruiz Martín, de Frédéric Mauro, de Ruggiero Romano, de Raymond de Roover, de Frank Spooner, de Iorjo Tadić, de Alberto Tenenti, de Valentín Vázquez de Prada, de Pierre Vilar, y, finalmente, los trabajos del grupo formado por el llorado Jaime Vicens Vives y sus extraordinarios alumnos. He participado, a veces muy de cerca, en la elaboración de estos trabajos.

Por lo que a mí se refiere, he añadido mucho a la información de la primera edición, en el curso de continuas investigaciones y lecturas en los archivos y bibliotecas de Venecia, Parma, Módena, Florencia, Génova, Nápoles, París, Viena, Simancas, Londres, Cracovia y Varsovia.

Ha habido que integrar todo el material recolectado, y entonces se me han presentado insidiosas cuestiones de método, como inevitablemente había de suceder en un libro de estas proporciones que toma como tema el espacio mediterráneo, considerándolo en sus más vastos límites o abarcando todos los aspectos de su densa y rica existencia. Aumentar la información trae necesariamente consigo el desplazamiento o la eliminación de los antiguos problemas, y la inevitable aparición de otros nuevos, cuyas soluciones se vislumbran difíciles y poco precisas. Por otra parte, durante los quince años que separan esta nueva edición de la redacción inicial, también el autor ha cambiado. Por ello resultaba imposible tocar el libro sin alterar automáticamente el equilibrio de ciertos razonamientos, e incluso la articulación mayor en torno a la cual se había estructurado toda la obra: la dialéctica espacio-tiempo (*historia-geografía*), que era la justificación original del libro. Me he visto

obligado, esta vez, a acentuar perspectivas que apenas había esbozado en el primer texto. La economía, las ciencias políticas, una determinada concepción de las civilizaciones, y un estudio demográfico más atento son los puntos que más me han solicitado. He multiplicado aquellas nuevas perspectivas que, si no me equivoco, arrojan una luz nueva en la misma médula del libro.

Sin embargo, el problema básico continúa siendo el mismo. Es el problema con el que se enfrenta toda empresa histórica: ¿Es posible aprehender, de una forma u otra, al mismo tiempo, una historia que se transforma rápidamente —cambios tan continuos como dramáticos— y otra, subyacente, esencialmente silenciosa, indudablemente discreta, casi ignorada por quienes la presencian y la viven y que soporta casi inmutable la erosión del tiempo? Esta contradicción decisiva, que debe ocupar siempre el centro de nuestros pensamientos, se revela como un magnífico instrumento de conocimiento y de investigación. Aplicable a todos los aspectos de la vida, reviste necesariamente diferentes formas según sean los términos de la comparación.

Los historiadores se han habituado cada vez más a describir esta contradicción en términos de *estructuras* y *coyunturas*, las primeras denotando realidades a largo plazo, y a corto plazo las segundas. Es evidente que existen diferentes clases de estructuras, y lo mismo ocurre con las coyunturas, variando unas y otras en sus duraciones. La historia acepta y descubre múltiples explicaciones, y lo hace por desplazamientos verticales, de un plano temporal a otro. Y en cada plano se producen también conexiones y correlaciones horizontales. Esto es lo que ya explicaba, aunque en términos más simples e inequívocos, el prólogo de la primera edición, donde, además, doy cuenta de mis intenciones originales y explico la sucesión de los capítulos de este libro.

19 de junio de 1963

Los mapas y diagramas de esta segunda edición han sido trazados, siguiendo mis indicaciones, en el Laboratorio de Cartografía de la VI Sección de la Ecole de Hautes Études, bajo la supervisión de Jacques Bertin. Quiero expresar mi agradecimiento a la señorita Marthe Briata, a la señora Marianne Mahn, a A. Tenenti y a M. Keul por la ayuda que me han prestado cotejando la bibliografía y leyendo las pruebas.